

—Sin embargo, esta es la hora más a propósito para visitar la capilla —respondió Duval—, porque después se hará el sol insoportable.

—Sí; marchemos a la capilla —exclamó don Emilio que se acercó en aquel momento—: al sitio de mi predilección: quiero que la visite Clotilde, y después volveremos a esta misma glorieta para descansar, ínterin disponen el almuerzo.

Clotilde miró disimuladamente hacia la capilla y hacia el puente, y en aquélla vió que estaba aún el hombre que temía fuese Leopoldo, y en el otro, a Núñez, que permanecía en la misma postura.

Esto la hizo estremecerse, y dió varias disculpas para que la dejasen permanecer en aquel sitio.

—No; es preciso que te distraigas recorriendo todos los sitios de este precioso lugar—dijo con aire de buen humor don Emilio.

—¡Pero estoy tan débil...! — volvió a decir Clotilde.

—Si no has andado nada, hija mía—repitió don Emilio.

—Sin embargo...

—El ejercicio te hará ir recobrando poco a poco las fuerzas. ¿No es verdad, doctor?

—Esa es, al menos, mi opinión. El paseo distrae el ánimo, y los miembros ganan en vigor lo que el espíritu pierde en melancolía.

—Ya lo estás oyendo: tu salud es el blanco de todos mis afanes, de todas mis oraciones, de todos mis deseos; preciso es, pues, que te suplique andes un poco más, y me complazcas obsequiando mi paternal anhelo.

Clotilde pensó que, resistir por más tiempo al deseo de su protector, hubiera sido dar un pesar al hombre que la había cuidado desde la infancia con el esmero de un cariñoso padre.

Temía el encuentro de Duval con Núñez o con Leopoldo, y que pudiesen atribuir su estancia en aquel sitio a cita combinada con ella; pero conociendo que su temor y su amor propio debían callar ante el deber y la gratitud, se dispuso a obsequiar el deseo de su protector.

—¿Qué resuelves, hija mía? ¿Marchamos a la capilla? —preguntó don Emilio.

—¡Está bien, padre mío! —exclamó la joven, con triste resignación y sonriendo lánguidamente—. Haré un esfuerzo para poder llegar a ella.

—Te agradezco infinito ese cambio de deferencia.

—Tenga usted la bondad de honrarme admitiendo mi brazo—dijo Duval acercándose a la hermosa.

Clotilde tembló de horror; sentía una repugnancia invencible hacia aquel hombre; pero era fina y bien educada, y no podía, sin incurrir en la fea nota incivil, desairar su ofrecimiento.

Inés, antes que el doctor usase con ella de igual galantería, se apoyó en el brazo de su hermano.

Clotilde marchaba despacio y en silencio.

Andando un corto trecho, miró inquieta hacia el rumbo en que quedaba el puentecillo en que vió a Núñez; pero los árboles que orillaban el camino que llevaban, hacía imposible que se descubriesen los objetos que se hallaban en la cima.

Igual cosa sucedía respecto al individuo que había visto en la capilla.

Esto le prestó algún ánimo, y aun concibió la esperanza de que si era Leopoldo el que se encontraba en ella, se alegraría al verle acercarse, así como lo verificaría Núñez antes de que llegasen al puentecillo.

Clotilde, pues, anhelaba con toda el alma que fuese su amante el que había visto en la capilla, y temía, al mismo tiempo, que hubiese tomado la resolución de visitar aquel sitio.

La situación de la joven era una de esas en que el alma espera impaciente ver pasar el objeto que idolatra, y en que quisiera a la vez detenerle en su marcha para que no llegase a donde le espera, recelosa de que alguien los espíe. Una de esas situaciones en que los momentos se hacen eternos con la espera, y en que quisiera detener el curso del tiempo, temiendo aquel instante que más desea.

Y es que los amantes de corazón tierno y respetuoso temen la mirada de todo el mundo, y quisieran que la tierra fuera un desierto donde no habitasen otros seres más que ellos dos, que se comprenden y se extasían en su amor...

Y Clotilde pertenecía precisamente a esas almas puras, sensibles y tiernas, que temen que se profane el sentimiento más íntimo y espiritual, presentándose a las miradas del mundo.

Por eso anhelaba y temía que Leopoldo fuese el hombre que Duval descubrió en la capilla, y por eso marchaba despacio y en silencio latiendo el corazón de esperanza y de temor.

Su situación, pues, como hemos dicho, era altamente penosa.

Y no sólo la tenía inquieta el temor de que descubriesen a Núñez y a Leopoldo en aquel sitio, y sospechasen que se habían citado para verse, sino que su inquietud se aumentaba cada vez que Duval parecía disponerse a dirigirle la palabra.

En esos momentos la infeliz palidecía y temblaba temiendo que le hablase de amor.

Todo lo que tienen de agradable y seductor las palabras que brotan de los dulces labios del sér que cautiva nuestra alma, tienen de importuno y de molesto las galantes frases de quien nos antipatiza.

Las atenciones y obsequios del objeto amado son las benéficas gotas de rocío, las primeras perlas que la aurora deposita en el cáliz de la naciente flor que rompe su botón a los halagos del aura perfumada; las melosas voces del sér que aborrecemos son el duro granizo que la mata, la lluvia que la agobia, el claustro que la seca y la marchita.

Duval, por su parte, buscaba la manera de entrar en materia amorosa.

Aprovechándose, pues, de lo despacio que caminaba su hermosa compañera, dejó marchar delante a Inés y don Emilio, procurando quedarse él lo más atrás posible.

Clotilde comprendió su intención, y trató de aligerar el paso; pero sus fuerzas no correspondían a sus deseos, y con angustia y profundo pesar veía alejarse a sus protectores.

El doctor, conociendo la intención de su amigo, se quedó intencionalmente detrás de todos para inspirar confianza a los primeros, respecto de Clotilde a quien veían vigilada por él, y dejando a Duval en plena libertad para hablar sin testigos.

—¡Nunca he sido tan feliz como en este instante! —dijo Duval aprovechando aquella oportunidad que le proporcionaba la fortuna—. Ir al lado de la persona que se adora, por quien se vive, en quien se piensa a todas horas, es disfrutar en el mundo las delicias de la gloria. ¿No lo cree usted así, bella Clotilde?

La joven se encontró abrumada con aquella pregunta. Le había tocado el asunto que tanto temía, y no supo qué contestar.

—¿Acaso difiere usted de mi opinión?—añadió Duval notando que la joven guardaba silencio.

Clotilde no podía dejar sin contestación una pregunta reiterada, y respondió con dulzura y timidez:

—Debo creerlo así, puesto que usted lo asegura.

—¿Es decir, que usted no sabe por experiencia propia?

—A mí también me es grata —dijo Clotilde tratando de vanecer la esperanza que su interlocutor había concebido, pero sin herirle—, cuando entre ellas hay dos que han desempeñado amorosamente las veces de mis queridos padres.

—No se refiere a esas personas mi pregunta—dijo Duval con desencanto, comprendiendo el sistema de ambigüedad que Clotilde seguía—. Hay otras dos; pero muy particularmente una, que teme no haber alcanzado la dicha de interesar su corazón.

—Yo no aborrezco a nadie, señor Duval —volvió a contestar Clotilde, buscando la manera de eludir una confesión franca—. Antes por el contrario, me afligen los contratiempos de los demás, como me afligió ayer la terrible caída de usted, viéndole en peligro de perder la vida.

—Gracias.

—¿Y se siente usted perfectamente bueno?—dijo Clotilde tratando de llevar diestramente la conversación a otro terreno.

—Enteramente. ¡Ojalá que pudiese decir lo mismo con los padecimientos del alma!

—Fué una fortuna que Leopoldo se encontrase allí para salvarle a usted de una muerte segura—dijo la joven entendiendo de las últimas palabras de su interlocutor, y no queriendo salir del terreno en que podía combatir ventajosamente.

Duval frunció el entrecejo, y se marcó en su rostro un gesto de disgusto.

La generosa acción de Leopoldo, ensalzada por la mujer que amaba, era el tormento inaudito que le despedazaba el corazón, y le hacía arder en ira y celos.

Dominado por estos bastardos sentimientos, guardó silencio, tratando de refrenar su mal humor y calmar su enojo, para emprender de nuevo la conversación que le interesaba.

Entre tanto, habían salido de la calle orillada de árboles, y el campo se presentaba alegre y despejado.

Clotilde, aprovechando aquel instante de tregua que le prestaba el silencio de Duval, dirigió la vista hacia el puente, cerca del cual se encontraban. La joven respiró libremente.

Núñez ya no estaba allí.

Había desaparecido aun antes de que se acercaran Inés y don Emilio.

Entonces dirigió la vista hacia la capilla para ver si aun permanecía en ella la persona que temía y deseaba a la vez fuese Leopoldo.

Pero era imposible descubrir nada.

La capilla se encontraba en aquel instante a mucho más altura del puente en que ellos estaban próximos, y además, el pedazo de roca que le sirve de antepecho impedía ver al que se hallase dentro.

Clotilde sentía una inquietud indecible.

¿Se hallarían dentro Leopoldo y Núñez, o se habían ausentado ambos al verlos acercarse?

La joven, con el corazón alarmado y respirando apenas, paseó la vista alrededor de sí, buscando a alguno de ellos; pero a nadie llegó a encontrar.

Entre tanto, Inés y don Emilio que, como he dicho, marchaban delante, estaban ya muy próximos a la capilla.

Clotilde tembló entonces.

Temió más que nunca que se hallase allí dentro la persona que había visto rezando, y que esta persona fuese Leopoldo.

Su presencia podía disgustar a don Emilio creyendo que era una cita que se habían dado y convertirse las consideraciones y el aprecio que hasta entonces le habían dispensado, en desprecio y en odio.

Duval notó el temor que exaltaba el corazón de la hermosa, y le preguntó si se sentía indispuesta.

Pero Clotilde no oyó lo que Duval le había dicho.

Sus sentidos todos estaban pendientes del encuentro que podía tener lugar en la capilla, y sólo tenía ojos para ver a su protector que se acercaba a ella.

Clotilde se puso pálida como un difunto y detuvo el paso.

Duval se alarmó creyendo que iba a desmayarse a causa de la agitación causada en su debilitada naturaleza, por el penoso paseo.

En aquel momento llegaba don Emilio con Inés a la entrada de la capilla.

Clotilde contuvo la respiración, y esperó inquieta al resultado de lo que iba a pasar.

De repente vió correr a don Emilio hacia dentro de la capilla alzando los brazos, marchando de igual manera a su encuentro el individuo que había estado rezando.

Luego oyó un grito.

Duval alzó la cabeza al escucharlo.

Un silencio profundo siguió después al grito que se había escuchado.

¿Qué había sucedido?

CAPITULO XXIII

Continúa el Molino de Flores

Hemos dicho, que don Emilio, al penetrar en la capilla, corrió con los brazos levantados hacia el hombre que se encontraba dentro, que a poco oyó un grito, y que todo quedó luego en un sepulcral silencio.

También vimos a Clotilde inquieta y pálida ante aquella escena, ignorando lo que había acontecido.

Duval que, como ella, se había alarmado con el grito que había escuchado, le preguntó si quería que corriese a ver lo que había pasado.

—No —contestó la joven—: al contrario; es preciso que yo sepa por mí misma lo que ha pasado.

Y olvidando sus temores, y haciéndose superior a sus padecimientos físicos, se dirigió inmediatamente hacia la capilla, apoyada en el brazo de Duval.

Pero entre tanto que llegan al lugar de la escena, veamos lo que había dado origen a aquel grito que los había alarmado.

Don Emilio, bien ajeno de pensar que podía haber alguno en la capilla, llegó a la entrada de ella hablando en alta voz con su hermana Inés.

El hombre que vestido de luto, como hemos visto, rezaba de rodillas ante la imagen del Señor de la Peña, volvió la cabeza al ruido de los pasos; fijó asombrado los ojos en don Emilio, que también se quedó mirándole atentamente; de repente se levantó agitado el que rezaba; dejó ver en su semblante la sorpresa y la alegría, y exhalando una exclamación, que fué contestada con otra de Landeta, corrió con los brazos abiertos a abrazar a éste, que le recibió con placer en los suyos.

—¡Emilio!

—¡Manuel!

Y ambos quedaron estrechamente unidos por un rato, sin pronunciar palabra; embargados por la grata emoción producida por aquel inesperado encuentro.

Clotilde, como hemos visto, sólo pudo notar que corrie-